

invitada por una petición de Montlosier, especialmente para prevenir los peligros con que las congregaciones y los jesuitas amenazaban á Francia, no temió dar alguna verosimilitud al supuesto peligro que se señalaba, recomendando este punto de la petición á la atención del ministerio.

La Religión de Jesucristo recibia en Francia los mas sangrientos ultrajes: se la insultaba en las ceremonias de su culto, que habia llegado á ser objeto de las sátiras mas indecentes; se la insultaba en sus Pontífices y en sus sacerdotes, presentándolos sin cesar á los pueblos como enemigos de su reposo y de su felicidad; se la insultaba en los predicadores de su ley santa, calumniando sus intenciones mas generosas. Pues bien: en este mismo pais, que el genio del mal miraba ya como su conquista, brilló repentinamente el poder de la Cruz (1).

Así como Jesucristo no quiso nacer en Jerusalem, sino en la pequeña ciudad de Belen; así como no obró el primero de sus milagros en el palacio de Herodes, sino en Caná; así como no encargó á los sábios de la Grecia, sino á unos simples pescadores de Galilea, el anunciar el Evangelio á todos los

cida entre los principios profesados por la espresada Compañía y la independencia de todos los gobiernos, principios mucho mas incompatibles aun con la Carta constitucional, que constituye hoy el derecho público de los franceses:

Mas, atendiendo á que de esta misma legislación resulta que solo á la alta policía del reino corresponde suprimir y disolver las congregaciones, asociaciones ú otros establecimientos de este género que existan ó se hubiesen formado con desprecio de las resoluciones, edictos, leyes y decretos antes enunciados:

En lo tocante á los demas hechos consignados en el espresado escrito del conde de Montlosier:

Atendiendo que cualquiera que pueda ser su gravedad, no constituyen al presente crimen, delito ni contravención, cuya persecucion corresponda al tribunal:

Este se declara incompetente.

(1) Pastoral del obispo de Poitiers con motivo de la cruz de Migné.

pueblos; del mismo modo eligió á Migné, lugar oscuro, para manifestar el poder supremo que ejerce sobre toda la naturaleza. En esta humilde parroquia, situada en la diócesis de San Hilario, de donde habian salido tantos ilustres defensores del altar y del trono, quiso Dios ostentar su poder y su misericordia. El tercer domingo de Adviento, 17 de diciembre de 1826, último dia de los ejercicios religiosos que con motivo del jubileo se celebraban en la parroquia de Migné dirigidos por los señores Pasquier, cura de San Porcario, y Marsault, capellan del Real colegio de Poitiers, en el momento de la solemne plantacion de una cruz, y mientras el citado capellan dirigia á un auditorio de cerca de tres mil almas un discurso sobre las grandezas del sagrado signo de la redencion, en el que acababa de recordar la aparicion que tuvo lugar en otro tiempo en presencia de Constantino, se observó en los aires una cruz muy regular y de vasta dimension (1). Ninguna señal sensible habia precedido á su manifestacion; ningun ruido, ningun rayo de luz habia anunciado su presencia. Los que la observaron en un principio la mostraron á sus vecinos, y muy luego fijó la atención de una gran parte del auditorio, hasta el punto que el cura de San Porcario, advertido por la multitud en medio de la cual se hallaba colocado, creyó deber ir á interrumpir al predicador. Entonces todas las miradas se dirigieron hácia la cruz, que habia aparecido desde el principio exactamente formada, y que se hallaba colocada horizontalmente, de manera que la estremidad del pie correspondia á la parte superior de la fachada de la iglesia, y la cabeza se estendia hácia adelante, en el mismo sentido que la direccion de esta iglesia hácia

(1) Relaciones sobre la aparicion de una cruz, en la parroquia de Migné.

el Poniente. La travesía que formaba los brazos, cortaba el cuerpo principal en ángulo recto; cada uno de los brazos, igual á la cabeza, era como la cuarta parte del resto del tronco. La longitud total del tronco podia ser de ciento cuarenta pies y su anchura de tres á cuatro. Esta cruz no se hallaba á una altura considerable; por el contrario, es aún muy probable que no se elevaba á doscientos pies del suelo.

En cuanto á su influencia moral sobre los que fueron testigos presenciales, la mayor parte de ellos quedaron en el mismo instante sobrecogidos de admiracion y de un religioso respeto. A unos se les vió arrodillarse espontáneamente ante aquella señal de salvacion; otros tenian los ojos inundados de lágrimas; estos espresaban con vivas exclamaciones la emoción de su alma; aquellos levantaban sus manos hácia el cielo invocando el nombre del Señor; casi ninguno habia que no creyese ver un verdadero prodigio de la misericordia y poder de Dios. Muchas personas que habian resistido á todo el influjo de los ejercicios del jubileo, volvieron, á consecuencia de este acontecimiento, á las prácticas de la Religión, de que se hallaban apartados hácia muchos años, y otros que por sus obras y discursos parecian anunciar que la fé se habia apagado enteramente en su corazón, se sintieron reanimarse repentinamente y dieron de ello señales inequívocas.

Quando la cruz se habia comenzado á percibir, hacia por lo menos media hora que se habia puesto el sol, y ella conservó su posición, su forma y toda la intensidad de su color por espacio de cerca de otra media hora, hasta el momento en que volvieron á entrar en la iglesia á recibir la bendicion del Santísimo Sacramento: entonces era de noche; las estrellas resplandecian con todo su brillo. Los últimos que entraron vieron la cruz, que comenzaba á perder su color; despues algunas per-

sonas que quedaron fuera la vieron irse borrando poco á poco, comenzando por el pie y siguiendo sucesivamente por grados, de suerte que muy luego presentó cuatro brazos iguales, sin que ninguna de sus partes hubiese cambiado de lugar desde el primer momento de la aparicion, y sin que las que habian desaparecido dejasen á su alrededor el mas ligero vestigio de su presencia.

El dia en que tuvo lugar este suceso habia sido muy hermoso, despues de una porcion de dias lluviosos. En el momento de la aparicion el tiempo estaba aun sereno y la temperatura tan benigna, que pocas personas se apercibieron de la frescura de la noche. El cielo estaba claro en toda la region en que se mostraba la cruz, y solamente se apercibian algunas nubes en dos ó tres puntos lejos de allí y próximos al horizonte; finalmente, ninguna niebla se elevaba de la tierra ni del rio que corria á corta distancia.

Una relacion del suceso, fechada en Migné el 22 de diciembre, lo puso en conocimiento del Sr. Bouillé, obispo de Poitiers (1). En vista de esta relacion y de la voz pública mandó el prelado que se hiciese una informacion del hecho: su decreto de 16 de enero siguiente comisionó para recibirla á los señores Rochemonteix, vicario general, y Taury, canónigo honorario y profesor de teología en el gran seminario. Para proceder á la informacion, estos dos eclesiásticos se asociaron á los señores Curzon, alcalde del pueblo de Migné, testigo ocular del hecho; Boisgiraud, profesor de física en el real colegio de Poitiers; J. Barbier, abogado, custodio adjunto de la biblioteca

(1) Estaba firmada por los señores Pasquier, cura de San Porcario; Marsault, capellan del Real colegio; Bouin-Beaupré, cura de Migné; Curzon, alcalde de Migné; Naudin, adjunto; Marron, fabriquero; Suraud, fabriquero; Landry, cuartel-maestre de la gendarmeria de Poitiers; Fournier, antiguo sargento de brigada; llevaba además otras cuarenta y una firmas.

de la ciudad, y Victor de Larnay, designado para desempeñar las funciones de secretario. Formada así la comisión, tomó un exacto conocimiento de los lugares en que se había observado el fenómeno; interrogó á muchos testigos en el mismo lugar que ocupaban durante la aparición, y oyó acerca de ella á un número mas considerable en otros diversos lugares en que la reunion era mas fácil. La impresion producida por el espectáculo extraordinario que los había asombrado, era tan viva y tan profunda, que todavía arrancaba lágrimas á algunos de los que declararon ante esta comisión, despues de mas de un mes de intervalo desde el acontecimiento. La relacion, resultado de la informacion, fechada en 9 de febrero de 1827, termina con estas notables palabras: « Si nos hemos sorprendido por las particularidades que conciernen á la existencia física del fenómeno, hemos admirado aún mas los consejos adorables de la Providencia, que ha hecho concurrir este acontecimiento con circunstancias tan propias para darle los felices resultados que en efecto ha tenido. Cuando se sabe que la casualidad no es mas que un nombre; que aquí en la tierra nada acaece sin designio y sin una causa muy determinada, no puede dejar de causar asombro ver aparecer repentinamente en medio de los aires una cruz tan visible y tan regular, en el lugar y en el instante preciso en que se halla reunido un pueblo numeroso para celebrar el triunfo de la Cruz con una solemnidad imponente, y en seguida de acabar de hablarle de una aparición milagrosa, que en otro tiempo fué tan gloriosa al cristianismo; ver que este fenómeno asombroso conserva toda su integridad y la misma situacion mientras la asamblea está considerándole; que se debilita á medida que esta se retira, y que desaparece en el momento en que uno de los actos mas sagrados llama toda la atencion de los fieles. »

Una carta de Curzon, alcalde de Migné nos parece un documento singularmente digno de atencion, porque presenta con exactitud la opinion de Boisgiraud, apreciador tanto menos sospechoso, cuanto que era protestante (1): « He creído deber consultar, dice este magistrado, á un profesor de nuestro Real colegio, hombre muy sabio, muy instruido y buen físico, al Sr. Boisgiraud, que es protestante. Este ha investigado con el mayor cuidado todo lo que podia tener relacion con este fenómeno; ha hojeado los libros; ha oído con atencion las declaraciones de los habitantes de Migné, y los ha interrogado escrupulosamente. Pues bien: hé aquí lo que me ha dicho: « Yo os confieso, señor, que no puedo dar explicacion alguna natural de este fenómeno. No digo que sea inexplicable, porque pueda haber personas mas instruidas que yo; sin embargo, me atreveria á desafiarlas. Pero aun cuando se consiguiese explicarle, yo no dejaria de creer que la aparición de esta cruz es un milagro por las circunstancias que la han acompañado. »

Quando la relacion de la comision de informacion fué conocida de toda la Francia, debió por su publicidad atraer las miradas de los sabios que hacian un estudio particular de las leyes de la naturaleza. Entre los hombres instruidos, muchos de los que no se servian de sus vastos conocimientos sino para admirar mas al Dios cuyas maravillas publica el firmamento, confesaron, como Boisgiraud, que nada podia explicar este asombroso fenómeno. Algunos enemigos de la Religion hicieron oír blasfemias; pero en medio de sus burlas indecentes, de sus irrisiones sacrilegas, no se hallaba ninguna objecion seria, ninguna explicacion natural del prodigio. El respeto debido al buen sentido no permite refutar la

(1) *Amigo de la Religion*, t. 51, p. 59.

absurda suposicion de una cometa ó birlocha de vasta dimension, que se hubiera elevado al aire, se hubiese venido á colocar horizontalmente en la direccion de la iglesia de Migné, hubiera permanecido inmóvil por espacio de media hora, y hubiera desaparecido, sin que entre cerca de tres mil espectadores ninguno se hubiese apercibido de la supercheria. El abate de la Neuville, partidario obstinado de la Pequeña Iglesia, no recogió de esta suposicion (1) mas que una abundante cosecha de ridiculiz.

La aprobacion de los sábios cristianos y el silencio de los que la opinion pública colocaba en el número de los incrédulos, afirmaron al obispo de Poitiers en el pensamiento de que la aparición de la cruz de Migné no podia colocarse en el número de los fenómenos que asombran al vulgo, pero cuyas causas son conocidas. Dió cuenta de los hechos al Romano Pontífice, quien le respondió el 18 de abril de 1827: « Considerando todas las circunstancias que presenta ese acontecimiento, parece que no pueda atribuirse á ninguna causa natural (2). » En un breve de 18 de agosto siguiente añadió Leon XII que « personalmente y segun su juicio particular estaba persuadido de la verdad del milagro (3). » No limitándose á estos testimonios, felicitó al Sr. Bouillé « porque el Señor habia escogido su diócesis para hacer brillar en ella de una manera tan asombrosa su misericordia (4). » Y para mostrar el interés que tomaba en un prodigio tan glorioso para la Religion, enri-

(1) « El falso milagro de Migné, ó la impostura descubierta. »

(2) *Istis profecto consideratis, quae simul concurrunt, res est hujusmodi, ut causis naturalibus tribui non posse videatur.*

(3) *Nobisque ipsis, privato judicio nostro, ita sit persuasum.*

(4) *Interim gratulamur Fraternalitati tuae, cujus in dioecesi misericordiam suam Dominus tam luculenter ostenderit.*

queció la humilde iglesia de Migné con una cruz de oro que contenia una pequeña parte de la verdadera Cruz; concedió tambien una indulgencia plenaria á todos los que, despues de llenar las condiciones de costumbre, visitasen aquella iglesia el tercer domingo de Adviento, dia señalado por el obispo de Poitiers para celebrar cada año la memoria de tan glorioso acontecimiento. Apoyado Bouillé en tan respetable autoridad, ya no vaciló en declarar milagrosa la aparición de la cruz de Migné.

Este fué el objeto de su Pastoral de 28 de noviembre de 1827, en la que anunció que habia adoptado las medidas mas adecuadas para perpetuar el recuerdo de un milagro tan glorioso para su diócesis. La prolongacion de la iglesia de Migné que debia representar una cruz; el nombre de Santa-Cruz, que se daria en lo sucesivo á esta iglesia; la solemnidad anual celebrada en esta parroquia y en la que se espondria la venerable reliquia, regalo de Leon XII, todo iba á librar del olvido aquel beneficio del cielo. « La Cruz, decia el prelado, venció al infierno, rescató al mundo, sometió al universo; la Cruz prometió á Constantino la victoria. ¿Por qué no hemos de ver en la cruz de Migné un signo protector que promete á este reino dias mejores despues de tantas tempestades? »

Hemos recopilado los hechos relativos al milagro de Migné; ahora debemos volver á 1826 para esponer los que, en el transcurso de este año, interesaron sobre otros puntos á la Iglesia católica.

Los Estados del rey de Cerdeña eran una de las partes de la cristiandad sobre las que Leon XII dirigia sus miradas con la mayor complacencia. Admirable país, en efecto, cuyos soberanos habian comprendido que los gobiernos se sostienen, y las naciones florecen, y los súbditos son felices por la Religion. Penetrados de esta verdad los reyes de Cerdeña, acogian

todas las medidas y favorecían los establecimientos é instituciones que podían aumentar la influencia de la Religión.

Un decreto de 2 de julio de 1823 había llamado los jesuitas á la dirección de los colegios anteriormente establecidos en el convento de mínimos de Turin (1). Las atribuciones conferidas al P. rector probaban toda la confianza que tenía el rey en el celo y sabiduría de aquellos maestros; pues el rector debía nombrar los prefectos de teología y de humanidades; el rey se reservaba nombrar los prefectos de las facultades de derecho y de medicina, previa presentación del rector, quien debía además dirigir las escuelas públicas de latin anejas á los colegios.

Merced á las piadosas disposiciones del rey, el ducado de Saboya recuperó todas las Sillas que subsistían antes de la conquista francesa. En 1825, se segregaron de Chambery los territorios de San Juan de Mauriena y de Moutiers en Tarentesa, que volvieron á ser ciudades episcopales. Desde entonces hubo en los Estados sardos cuarenta y una diócesis, á saber: siete arzobispados y treinta y cuatro obispados, que se dividían así; tres metrópolis y ocho Sillas sufragáneas en la isla de Cerdeña; cuatro metrópolis y veinte y seis Sillas sufragáneas en los Estados de tierra firme. Estas cuarenta y una diócesis comprendían tres mil novecientas noventa y seis parroquias y doscientas sesenta y cuatro casas religiosas (2).

En la isla de Cerdeña era necesario fortalecer, en el seno de los monasterios, la disciplina cuyos vínculos se habían relajado. A instancia del rey, Leon XII nombró á Ripaldi, arzobispo de Urbino, visitador apostólico para restablecer la disciplina de los regulares en aquella isla: prelado infatigable que

(1) *Amigo de la Religión*, t. 37, p. 13.

(2) *Ib.*, t. 46, p. 136.

no cesó de predicar hasta que espiró (1).

Al mismo tiempo se trataba de formar un nuevo instituto en los Estados de tierra firme.

Hacia algunos años que Pio Bruno Lanteri y Juan Reynaudi, sacerdotes del Piamonte, y otros que se les asociaron, habían formado el designio de consagrarse enteramente á aumentar los establecimientos del clero y á evangelizar á los pueblos. Edificados muchos obispos con los frutos de salvación que producían, los pidieron para proporcionar tan poderoso socorro á sus rebaños. El Sr. Rey, que gobernaba entonces la Iglesia de Piamonte, trabajó vivamente para que la Santa Sede se mostrase favorable á estos sacerdotes seculares Oblatos de la Bienaventurada Virgen María (tal era el título que habían tomado); y las reiteradas instancias del piadoso Carlos Félix, rey de Cerdeña, apoyaron la petición de aquel prelado, uno de los más dignos de la cristiandad. Pio Bruno Lanteri fué á Roma con otro sacerdote, llamado José Logger, para solicitar del Romano Pontífice, así en su nombre como en el del otro fundador, José Reynaudi, y de todos los asociados, la confirmación de las reglas y constituciones que habían creído deber prescribir al nuevo Instituto. En virtud de estas reglas y constituciones, había en él cuatro votos simples y perpétuos: los de castidad, pobreza y obediencia, y además de perseverancia en la asociación; votos que debían pronunciarse por los candidatos, y de los que solo podían dispensarles el jefe del Instituto llamado rector mayor, ó el Soberano Pontífice. Para sostenerse con más firmeza en la obediencia á la Silla Apostólica, los asociados habían elegido á San Pedro por su protector especial, y añadido la cláusula de que todos los años, el día de la festividad del Príncipe de los Apóstoles,

(1) *Mem. de Religión*, t. 17.

toles todos los aspirantes harían la profesión de fé, y prometerían verdadera obediencia al Papa según la fórmula prescrita por Pio IV. Leon XII no pudo dejar de acoger con júbilo un instituto, que por sus constituciones y reglas propendía á que todos los asociados, estrechamente unidos, formasen un solo cuerpo; á que prestasen principalmente auxilios al clero, ya para la recepción de las órdenes, ya para la cura de almas; á que trabajasen en la reforma de los pueblos, principalmente con los ejercicios espirituales en público y en particular, según el método propuesto por San Ignacio; y en fin, á que se dedicasen á favorecer la lectura de los libros de sana doctrina, á diseminarlos y propagarlos. El Papa encargó á una congregación especial, sacada de la de obispos y regulares, y nombrada el 9 de junio de 1826, examinase atentamente el Instituto, sus constituciones y sus reglas. En 15 de julio esta congregación dió su dictamen de aprobación haciendo las enmiendas y correcciones que indicaba. El decreto preparado al efecto, se presentó el 22 de agosto por el cardenal Pacca, prefecto de la congregación, á Leon XII, y este Pontífice no vaciló en confirmar el nuevo Instituto con su autoridad apostólica y en permitir que tomase el nombre de Congregación de la Bienaventurada Virgen María (1). El establecimiento de los Oblatos demuestra hasta que punto los católicos de los Estados sardos estaban penetrados de respeto, de amor y de obediencia al jefe supremo de la Iglesia de Jesucristo.

Los antepasados de los duques de Saboya tenían sus sepulturas en la iglesia del monasterio de Hautecombe, situado entre el lago de Bourget y el monte Chat; pero esta casa, así como tantas otras, había sido presa del espíritu de impiedad y de destrucción (2). Habían sido

(1) *Amigo de la Religión*, t. 50, p. 98.

(2) *Ib.* t. 49, p. 55.

abiertos los sepulcros, vendidos los plomos y dispersados los huesos. Carlos Félix rescató é hizo reparar el monasterio, cuya iglesia bendijo en su presencia el 3 de agosto de 1826 el arzobispo de Chamberi. Muy luego diez féretros que contenían los antiguos huesos que habían podido reconocerse fueron colocados en diferentes mausoleos. El rey anunció que cedía esta casa con sus dependencias á los canónigos reglares de San Agustín, establecidos por San Bernardo de Menthon, con la obligación de orar por su familia; y además, como el desfiladero en que se halla el lago de Bourget, que baña los muros de Hautecombe, está sujeto á frecuentes tempestades, que ponen en peligro á los pasajeros, quiso que los religiosos tuviesen siempre dispuesta una lancha para recorrer el lago y socorrer á los pasajeros. Así, los religiosos de San Bernardo eran llamados á salvar á los viajeros asaltados por la tempestad tanto en medio de las aguas como en lo alto de los montes.

Algunos días después una imponente ceremonia llamó al rey y á la reina de Cerdeña á Anneci. Cuatro habitantes de esta ciudad (1) habían librado de las profanaciones revolucionarias las reliquias de San Francisco de Sales y de Santa Juana Francisca de Chamtal (2). En 1804, el señor de Merinville, obispo entonces de Chamberi, las comprobó, y en 1806 el señor Dessoles, sucesor de este prelado, hizo su traslación, que tuvo lugar, en cuanto á las de San Francisco de Sales, el 28 de mayo, y en cuanto á las de Santa Juana Francisca de Chamtal, el 29. Las del santo obispo se depositaron en la Iglesia de San Pedro, erigida en catedral de Anneci, y las de la fundadora de la Visitación en la iglesia de Santo Domingo, llamada entonces de San Mau-

(1) Los señores Burquier, Amblet, Rochelle, y Belleydier.

(2) *Amigo de la Religión*, t. 49, p. 153.

ricio, cuyas dos iglesias eran las únicas abiertas en aquella época en la ciudad. Desde entonces se celebró en cada iglesia, con mucha solemnidad, la festividad del santo obispo y la de la piadosa viuda. En 1826 se hizo una nueva traslación, cuyo objeto era reunir estas venerables reliquias en la iglesia del monasterio de la Visitación, suntuoso y vasto edificio debido á la munificencia de la reina de Cerdeña. Once prelados (1), y un gran número de eclesiásticos de Saboya y de los países limítrofes, aumentaron con su presencia el esplendor de esta doble solemnidad. El señor de Quelen, arzobispo de París, presidió la ceremonia tan edificante como pomposa de 24 de agosto (2). La traslación de los restos de San Francisco de Sales no era un vano espectáculo para la multitud de los saboyanos que concurren de las montañas. Estos iban con piadoso fervor á celebrar la fiesta de su compatriota y de su obispo; se arrodillaban ante los restos del santo prelado, y parecían felices por poseerle aun entre ellos. La larga calle que desde la catedral de Annecy conducía á la iglesia de la Visitación se trasformó en un frondoso paseo, y los pinos de aquellas montañas, que San Francisco de Sales había recorrido tantas veces, se trasplantaron para que diesen sombra á sus reliquias. Encerradas en una caja, regalo de la noble y piadosa familia del obispo de Ginebra, y en la que la perfección del trabajo correspondía á la riqueza de la materia, se colocaron detrás del altar mayor, en el que se renovó el sacrificio ofrecido al Omnipotente, quien coronando á sus Santos, corona á sus propios dones. La traslación de las reliquias de Santa Juana Francisca de

(1) El arzobispo de Chamberi; los obispos de Annecy, de Tarentesa, de Maurienne, de Pignerol, el arzobispo de París, el arzobispo administrador de Lyon, los obispos de Belley y de Puy, el obispo de Lausana, y el abad de san Mauricio en Valais.

(2) *Amigo de la Religión*, t. 49, p. 91.

Chantal se hizo dos días despues, el 23 de agosto.

La Liguria, comprendida entonces en los Estados sardos, fué el país natal del prelado Juan Bautista Lambruschini, cuya vida puede proponerse como un modelo al episcopado. Nacido el 28 de octubre de 1755 en Sestri de Levante, en la diócesis de Brugnato, de una familia en que la piedad era hereditaria, se distinguió en Génova por la enseñanza de la teología dogmática. Pio VII, á quien dedicó sus lecciones (1), le dirigió un breve honorífico y le nombró preboste de la colegiata de Nuestra Señora de las Viñas. Su celo en combatir las novedades le valió los honores de la persecución, en la época de la revolución que estalló en 1797: durante algun tiempo se le tuvo encerrado en la fortaleza de Savona. Los triunfos de los ejércitos aliados le permitieron volver á Génova en 1799, y el arzobispo le hizo su vicario general; mas habiendo sido restablecido el gobierno revolucionario á consecuencia de la batalla de Marengo, el piadoso y sábio preboste de Nuestra Señora de las Viñas tuvo que retirarse á Roma, donde Pio VII le recibió con distinción. Un sacerdote que reunía hasta este punto las condiciones de la virtud y de la ciencia, estaba naturalmente designado para el episcopado: así es que fué nombrado obispo de Azoth *in partibus*, administrador de Orvieto, y finalmente titular de esta iglesia en 1807. Este prelado fué uno de los primeros que formaron parte de la Academia de la Religión católica en la que leyó algunas Memorias. Su seminario de Orvieto se abrió para los jesuitas desterrados de Nápoles y acogió entre otros al P. Fortis, que despues fué general de aquella ilustre Compañía. Las turbulencias de la invasión extranjera no detenían su celo pastoral; pero se le

(1) *Theologica dogmata*.

exigió el juramento: él se negó á prestarle a pesar de todas las amenazas, y á esta negativa siguió la deportación. En el momento de partir, fué á su catedral para entregar su rebaño en manos del Señor. Consternado el pueblo por su ausencia, iba á oponerse á ello por la fuerza, cuando él intervino con dulzura para calmar los ánimos. De Turin se le envió á Bourg y á Belley, en Francia, á donde llevó el ejemplo de la piedad, del valor y de la sabiduría. Agregado su obispado, por un decreto tan irregular como arbitrario, al de Città de la Pieve, se le conservó una pensión; pero se pretendía que al percibirla firmase como antiguo obispo ú ex-obispo de Orvieto; mas él, antes que aprobar, ni aun indirectamente, una invasión cismática, prefirió esponerse á carecer de todo; y cuando la Providencia, que no le abandonó en su aflicción, permitió que recibiese socorros de Génova, los compartió generosamente con los compañeros de su destierro. Por lo demás, su ausencia no interrumpió sus relaciones con su diócesis, donde no fué desconocida su autoridad, y redactó en Belley, para sus queridas ovejas, una guía espiritual que en 1812 les envió por medio de una carta. Al fin Dios rompió la vara de hierro de que se había servido para castigar á los pueblos; y libre la Italia, volvió esta á ver al Romano Pontífice y á sus obispos. La diócesis de Orvieto refloreó entonces bajo la dirección de su primer pastor, que se tituló también administrador de Città de la Pieve. En vano el rey de Cerdeña quiso llamarle á sus Estados, de los que ya formaba parte la Liguria, pues, rehusó el obispado de Asti, porque no veía un motivo suficiente para la traslación. Esta severa adhesión á las reglas de la Iglesia no asombró en un prelado entre cuyos papeles se encontraron algunas resoluciones que había adoptado en 1820, y que mostraban todo el fervor de un novicio. Las prácticas que á sí mismo se prescribía

anunciaban cuánto aspiraba á la perfección. Su cuerpo estenuado por la enfermedad no permitía en nada á la actividad de su espíritu; pero la medida de los méritos se había llenado, y Dios, á quien invocaba el prelado con los sentimientos de la más tierna piedad, le llamó á sí el 24 de noviembre de 1826 para que recibiese en el cielo la corona de los Confesores y Pontífices.

Este santo obispo era el hermano mayor del piadoso é ilustre prelado Luis Lambruschini, de la congregación de los Bernabitas, arzobispo de Génova, llamado á desempeñar las funciones de nuncio apostólico en París. El nuevo nuncio se complacía en hablar del vivo interés que Leon XII profesaba á nuestras iglesias. Cautivado por el espíritu de fe que había notado á su tránsito, principalmente en Lyon, esa Roma de las Galias, decía: «El Santo Padre ama mucho á la Francia y espera de ella mucho.»

Entretanto, en la sabiduría de la administración pontificia reconocían los romanos que Leon XII, como soberano temporal y como Papa, velaba particularmente sobre ellos.

Pio VII había instituido una obra de beneficencia para distribuir á domicilio limosnas á los pobres que se reconociesen dignos de ellas y para ocupar los brazos inútiles de los mendigos aptos para el trabajo: pero esta obra no había podido llegar á su término, porque no reunía en un centro comun los medios necesarios. Leon XII, tan inteligente en las cuestiones de economía política, vió el inconveniente y lo remedió (1). En 27 de febrero de 1828 encargó á una comisión, compuesta de un cardenal presidente, de ocho vocales y un secretario, formase un fondo de todas las cantidades depositadas en el tesoro de beneficencia pú-

(1) *De las Instituciones de Beneficencia pública y de Instrucción primaria en Roma*, por Mons. Morichini, etc., p. 178.